

DE LA AUTORA BESTSELLER DEL *NEW YORK TIMES*

CHRISTINA
LAUREN

EL EXPERIMENTO

del

AMOR
VERDADERO

CONTRALUZ

CHRISTINA
LAUREN

EL EXPERIMENTO
del
AMOR
VERDADERO

Traducido del inglés por Beatriz Villena Sánchez



Título original: *The True Love Experiment*

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2023 by Christina Hobbs and Lauren Billings

© de la traducción: Beatriz Villena Sánchez, 2024

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-19822-00-0

Depósito legal: M. 1095-2024

Printed in Spain

*Este libro es una descarada declaración
de amor a nuestro género.
Que estas páginas te traigan romance.*

*Y para Jennifer Yuen, Patty Lai, Eileen Ho,
Kayla Lee y Sandria Wong.
Hay un pedacito de cada una de vosotras aquí.
Os agradecemos mucho que hayáis compartido
vuestras experiencias con nosotras
y esperamos que os sintáis orgullosas.*



Prólogo

FIZZY

—Soy la mayor de tres hermanos, así que suelo bromear diciendo que soy como la primera tortita. —Un leve murmullo de risas recorre la sala y sonrío—. Ya sabéis a qué me refiero. Un poco destartalada, algo cruda, pero con buen sabor.

Las risas se intensifican, ahora entremezcladas con unos cuantos silbidos obscenos y me echo a reír al darme cuenta.

—¡No era mi intención que sonara descarado! ¿Veis? Aquí estoy, intentando parecer profesional y sigo siendo un desastre. —Miro hacia atrás, al doctor Leila Nguyen, el rector del Revelle College de la Universidad de California en San Diego y mi antiguo profesor de escritura creativa, y le sonrío—. Supongo que esto es lo que pasa cuando invitas a una escritora de literatura romántica a dar el discurso de graduación.

Junto al doctor Nguyen está sentada otra persona, luchando por contener la risa. El doctor River Peña, amigo cercano, guapísimo genio y vampiro no confirmado, también es invitado especial en la ceremonia de hoy; supongo que él también va a recibir un título honorífico

por ser una especie de prodigio sexi. Encaja aquí a la perfección: cuello rígido, pantalones impecablemente planchados sobresaliendo por debajo de la toga, zapatos de vestir brillantes y un aire de austeridad que yo jamás he podido dominar. Ahora veo que se le ilumina la compli- cidad en sus petulantes ojos con densas pestañas.

Cuando recibí la invitación para pronunciar el discurso, a River le faltó tiempo para sacar un billete de veinte dólares y decir: «Va a ser un absoluto desastre, Fizzy. Convénceme de lo contrario».

Estoy segura de que tanto él como mi mejor amiga, Jess —su mujer—, esperaban que me subiera al escenario y les soltara *Los monólogos de la vagina* a las masas académicas o que sacara un plátano y, mientras le ponía un condón, le recordara a todo el mundo que el sexo seguro seguía siendo importante en este año de la era de nuestro señor Harry Styles, pero os juro que, cuando la situación lo requie- re, soy capaz de comportarme como una literata recatada.

Al menos creía que sería capaz de leer más de una lí- nea de mi discurso sin caer en algún doble sentido, pero os juro que no ha sido en absoluto mi intención.

Vuelvo a centrarme en el mar de graduados vestidos de negro, azul y amarillo que se extiende frente a mí, en el complejo deportivo de la universidad, y siento una in- tensa oleada de ilusión vicaria por todos aquellos jóvenes que emprenden hoy su vuelo. Tantas oportunidades por delante. Tanto estrés por tener que pagar sus préstamos universitarios. Pero también tanto buen sexo.

—Mi hermana pequeña es neurocirujana. ¿Y mi her- mano pequeño? Bueno, él es el socio más joven de la his-

toria de su bufete. Uno de mis mejores amigos, sentado justo aquí detrás, es un genetista de fama mundial. —Se oyen unos aplausos sinceros para el chico de moda de la biotecnología y, una vez se apagan, entro a matar—. Pero ¿sabéis qué? A pesar de todos sus logros, ninguno de ellos ha escrito un libro llamado *Lujuria oculta*, así que creo que es evidente quién ha conseguido el éxito aquí.

Llevada por una nueva oleada de vótores, decido continuar.

—Así que escuchad. Este tipo de discursos no son nada fáciles. La mayoría de los invitados a despedir a jóvenes superestrellas como vosotros enumeraría una lista de formas concretas de encontrar vuestro lugar en una cultura en constante cambio o de animaros a aumentar vuestro impacto reduciendo vuestra huella de carbono. Os animarían a salir ahí fuera y cambiar el mundo, y yo, por supuesto, también lo hago. Apoyo esas ambiciones. Ciudadanos del mundo: bien. Ecoterroristas: mal. Pero el doctor Nguyen no ha invitado a una inspiradora científica especializada en cambio climático ni a una carismática y aceptablemente neutral política. Me ha invitado a mí, Felicity Chen, autora de libros llenos de amor, responsabilidad y positividad sexual, y francamente, el único consejo profesional que estoy cualificada a dar sobre conciencia ecológica es que apoyéis vuestra biblioteca local. —Otra oleada de risas apagadas—. De hecho, lo único que me preocupa, lo que para mí es más importante en este mundo es que, cuando todos y cada uno de vosotros lleguéis al final de este viaje de locos, podáis mirar atrás y decir con sinceridad que habéis sido felices.

Es un día perfecto: radiante y azul. Los eucaliptos se balancean al borde del campo y, si respiras en el momento adecuado, en la racha perfecta de la cálida brisa de San Diego, puedes oler el mar, a menos de dos kilómetros de distancia. A pesar de todo, tengo el estómago un poco revuelto por la siguiente parte del discurso. Me he pasado la mayor parte de mi vida adulta defendiendo mi profesión y lo último que desearía sería que pareciera que estoy a la defensiva. Estoy aquí, de pie, con mi propio birrete y mi toga, con un discurso en la mano que yo misma he tecleado e impreso para no empezar a divagar y arruinarlo con chistes sobre penes, tal como River espera que haga. Quiero que perciban la sinceridad en mis palabras.

—Os voy a decir que viváis vuestra vida como si fuera una novela romántica. —Levanto la mano cuando aquellos estudiantes sonrientes empiezan a reír, nerviosos, pero no los culpo por pensar que estoy de broma, que estoy siendo remilgada.

Hago una pausa efectista, a la espera de que se apaguen las risas y se despierte la curiosidad.

—Escuchad. El romance es algo más que romanticismo sensiblero injustificado. Puede serlo, sí, y no tiene nada de malo, pero, al final, el romance no es la fantasía de ser rica o guapa, ni siquiera de que te aten a la cama. —Más risas, pero ahora he captado su atención—. Va de dar prioridad a las historias alegres sobre las historias dolorosas. Va de verte a ti misma como la protagonista de una vida muy interesante, o incluso tranquila, que solo tú controlas. Es, amigos míos, la fantasía de la trascendencia.

Vuelvo a hacer una pausa, tal como había practicado, porque todos aquellos jovencitos habían sido educados bajo los nubarrones grises del patriarcado y considero que es mi obligación aplastarlo con un martillo proverbial. La idea de que todos merecemos trascendencia necesita tiempo para asentarse.

Pero la pausa se prolonga más de lo que había planeado.

Porque no esperaba que mi propia teoría acabara golpeándome como un rayo en mitad del pecho. He vivido toda mi vida adulta como si fuera una novela romántica. He abrazado la aventura y la ambición; siempre he estado abierta al amor. Me gusta el sexo, apoyo a las mujeres de mi vida y pienso activamente en formas de convertir el mundo a mi alrededor en un lugar mejor. Estoy rodeada de familiares y amigos, pero mi propia trascendencia es mi mejor amiga, la hija devota, la aventura de una noche que jamás olvides. La sustancia de mi historia, la trama romántica, llena de amor y felicidad es, en realidad, un enorme agujero. Estoy harta de primeras citas y, de repente, me siento tan cansada que podría quedarme dormida allí mismo, sobre el atril. Y entonces, envuelta en una racha de viento estremecedora, soy consciente de que he perdido la alegría.

Miro el océano de rostros que me observan, con los ojos bien abiertos y atentos, y me gustaría admitir la triste realidad: jamás he pasado del primer acto de mi triste historia. No sé lo que significa ser constantemente trascendente. ¿Cómo puedo decirles a todos esos miniadultos que salgan ahí fuera con optimismo porque todo va a

salir bien? El mundo parece decidido a aplastarnos y soy incapaz de recordar cuándo fue la última vez que fui feliz. Todo lo que les estoy diciendo, todas y cada una de las palabras llenas de esperanza de este discurso, parecen una absoluta mentira.

De alguna forma, soy capaz de ponerme la brillante máscara de Fizzy y les digo a aquellos niños que lo mejor que pueden hacer para el futuro es escoger la comunidad correcta. Les digo que, si se enfrentan al futuro con el optimismo del novio por excelencia, Ted Lasso, todo saldrá bien. Les digo que, si se esfuerzan, si asumen que habrá curvas cerradas, subidas y bajadas, si se permiten ser vulnerables, se dejan querer y son honestos con las personas que significan algo para ellos, entonces todo saldrá bien.

Y, cuando me alejo del atril y vuelvo a sentarme junto a River, me pone algo en la mano.

—Lo has clavado.

Observo el billete de veinte dólares nuevecito y, entonces, con discreción, se lo devuelvo. Con una gran sonrisa dibujada en la cara, consciente de que seguimos frente a una audiencia de miles de personas, le digo:

—Pero ¿qué pasa si no he dicho más que sandeces?



Capítulo 1

FIZZY

Aproximadamente un año después

—A no ser que estés fantaseando con el guapo camarero, no tienes excusa para no reaccionar a lo que te acabo de decir.

Miro extrañada a mi mejor amiga, Jess, al otro lado de la mesa y entonces me doy cuenta de que llevo un rato hipnotizada removiendo la aceituna de mi martini una y otra vez.

—Mierda, lo siento mucho. Se me ha ido la olla. Repite, porfa.

—No —dice mientras coge su copa de vino con delicadeza—. Ahora vas a tener que adivinarlo.

—¿Adivinar lo que tienes planeado para tu viaje a Costa Rica?

Jess asiente mientras bebe un sorbo.

La miro, inexpresiva. Ella y su marido, el anteriormente citado River Peña, parecen estar unidos por un rayo láser vibrante y sexi. La respuesta aquí es muy obvia.

—Sexo en todas las superficies planas de la habitación de hotel.

—Eso se da por hecho.

—¿Correr entre animales salvajes?

Jess se queda inmóvil con la copa cerca de los labios.

—Es curioso que esa sea tu segunda suposición. No.

—¿Un pícnic en una casita del árbol?

Hace un gesto de repulsa al instante.

—¿Comer con arañas? Paso.

—¿Surfear sobre el caparazón de una tortuga?

—Eso sería muy poco ético.

Con un gran sentimiento de culpa, hago una mueca de dolor. Incluso las conversaciones Jess-Fizzy parecen haberse agotado.

—Vale, no se me ocurre nada.

Me estudia un instante.

—Perezosos. Vamos a un refugio de perezosos.

Dejo escapar un suspiro cargado de celos e intento reunir un poco de energía para demostrar lo impresionante que me parece su viaje, pero Jess extiende el brazo por encima de la mesa del bar y apoya la mano sobre la mía, haciendo que guarde silencio.

—Fizzy.

Observo mi martini a medio beber para evitar su mirada maternal de preocupación. La cara de madre de Jess tiene el poder de hacerme sentir al instante la necesidad de disculparme, independientemente de lo que haya hecho.

—Jessica —mascullo a modo de respuesta.

—¿Qué te pasa?

—¿A qué te refieres? —le pregunto, a pesar de saber perfectamente a qué se refiere.

—No sé, a todo. —Levanta su copa de vino con la mano libre—. He pedido vino de los viñedos Choda y no has bromeado con uvas bajitas y regordetas.

Hago un gesto de dolor. Ni siquiera se me había ocurrido.

—Reconozco que esa se me ha pasado.

—El camarero no ha dejado de mirarte desde que entramos y todavía no has usado AirDrop para pasarle tus datos de contacto.

Me encojo de hombros.

—Tiene rayas afeitadas en las cejas.

Mientras esas palabras salen de mi boca, nuestras miradas se entrecruzan, conmocionadas. La voz de Jess se transforma en un susurro lleno de dramatismo.

—¿Estás siendo...?

—¿Quisquillosa? —termino yo, suspirando.

Su sonrisa suaviza la preocupación que persiste en sus ojos.

—Ahí está. —Con un apretón final, me suelta la mano y se acomoda en su silla—. ¿Un mal día?

—Solo es que estoy pensando mucho —admito—. Quizá estoy pensando demasiado.

—Vale, has visto a Kim hoy, ¿es eso?

Kim, mi psicóloga desde hace diez meses y la mujer que esperaba que me ayudara a descifrar el código para volver a escribir, a tener citas y, en definitiva, a sentirme yo misma. Kim, la persona que escucha todas mis preocupaciones sobre el amor, las relaciones y la inspiración porque de verdad, de verdad que no quiero volcar todo mi estrés en Jess (ella y River hace poco que se han casa-

do) ni en mi hermana Alice (está embarazada y ya bastante cansada de su sobreprotector marido ginecólogo) ni en mi madre (ya está demasiado implicada en mi situación sentimental; no quiero mandarla a ella también a terapia).

Antes, cuando me sentía mal, como ahora, sabía que se me pasaría con el tiempo. La vida tiene altibajos; la felicidad no es una constante ni una certeza. Pero este sentimiento lleva conmigo casi un año. Es un cinismo que parece haberse asentado de forma permanente en mi actitud. Solía pasar los días escribiendo historias de amor, convencida por mi infinito optimismo de que mi propia historia de amor empezaría en la siguiente página, pero ¿qué pasa si el optimismo se ha ido para siempre? ¿Qué pasa si me quedo sin páginas?

—Sí, hoy he visto a Kim —le respondo—. Y me ha puesto deberes.

Saco mi libreta Moleskine del bolso y la agito sin demasiado entusiasmo. Los cuadernos de colores han sido mis fieles compañeros durante años. Llevaba uno conmigo allí donde fuera para escribir la trama de mis libros, fragmentos de conversaciones divertidas, imágenes que me venían a la cabeza en momentos aleatorios. Los llamaba «mis cuadernos de ideas» y solía garabatear cosas en ellos unas veinte, treinta o cuarenta veces al día. Aquellos garabatos eran mi fuente de ideas. Varios meses después de que mi cerebro romántico frenara en seco delante de un millar de recién graduados universitarios, seguía llevando uno con la esperanza de que la inspiración volviera a visitarme. Pero, al final, verlos allí, dentro de mi bol-

so, acabó por estresarme, así que empecé a dejármelos en casa, acumulando polvo, junto a mi ordenador de sobremesa y mi portátil.

—Kim me ha dicho que tengo que volver a llevar mis cuadernos —le digo a Jess—. Que ya estoy preparada para soportar la leve presión que supone llevar uno encima y que, incluso, escribir alguna que otra frase o garabatear algo me podría ayudar.

Necesito un segundo para asimilar lo que acabo de decir. La parte de «incluso escribir alguna que otra frase» flota entre las dos.

—Sabía que tenías un bloqueo —me confiesa Jess—, pero no era consciente de lo malo que era.

—Bueno, no es algo que pase de repente. Ya llevaba tiempo escribiendo, pero nada especialmente bueno. Y entonces empecé a preocuparme porque, de hecho, era bastante malo y eso me hizo pensar que había perdido la chispa. Y pensar que había perdido la chispa me hizo pensar que, quizá, había dejado de creer en el amor.

Jess frunce el ceño y decido continuar.

—Bueno, no es que me despertara un día pensando: «Oh, pues el amor es una gran mentira». —Clavo el palillo en la aceituna de mi bebida y lo utilizo para señalar en su dirección—. Obviamente, tú has demostrado que no es así, pero imagino que, en algún momento, voy a tener que admitir que mi vida amorosa quizá no va a ser lo que creo que debería ser.

—Fizz...

—Creo que ya tengo una edad que me deja fuera de las grandes ligas.

—¿Qué? Eso es... —Parpadea cuando su argumento se muere en su boca—. Bueno, esa, en realidad, es una muy buena metáfora.

—Es el clásico dilema del huevo y la gallina: ¿el bloqueo de escritora ha matado mi romanticismo o haber perdido el romanticismo ha matado mi inspiración?

—Demasiadas dudas son esas.

—¡Ojalá solo fuera eso! Lo malo es que, después de tanto tiempo sola, te acabas preguntando si, de hecho, sigues siendo capaz de mantener una relación.

—Tampoco es que hayas deseado mucho tener una —me recuerda—. No sé quién sería Felicity Chen si no tratara las citas como un deporte extremo.

Vuelvo a señalarla, llena de energía.

—¡Exactamente! ¡Ese es otro miedo que tengo! ¿Y qué pasa si ya he agotado los recursos locales?

—¿Recursos... locales?

—Suelo bromear diciendo que ya he tenido citas con todos los hombres solteros del condado de San Diego y también, sin quererlo, con algunos casados, pero empiezo a pensar que no está tan lejos de la realidad.

Jess se ríe en su copa de vino.

—Venga ya.

—¿Te acuerdas de León? ¿El tío que conocí cuando me tiró una enorme bandeja de ensalada griega en el pie en el aparcamiento de Whole Foods?

Jess asiente mientras bebe un sorbo.

—¿El tipo de Santa Fe?

—¿Y te acuerdas de Nathan, el de la cita a ciegas?

Entrecierra los ojos.

—El nombre me suena de algo, sí.

—Pues son hermanos. Gemelos. Se habían mudado aquí juntos para estar más cerca de la familia. Salí con ellos con solo dos semanas de diferencia. —Jess se tapa la boca con la mano, intentando ahogar una risa—. Cuando Nathan entró en el restaurante y se acercó a la mesa, le dije: «Dios mío, pero ¿qué haces tú aquí?».

Suelta una carcajada.

—Estoy segura de que les pasa eso todo el tiempo.

—Seguro, pero es que el mes pasado salí con otro tipo llamado Héctor. —Hago una pausa para subrayar lo que estoy a punto de decir—. Pues resulta que era el primo por el que los gemelos se habían mudado.

Hay que decir en favor de Jess que su risa, esta vez, parece más bien un gemido. Estas cosas solían ser divertidas. Antes hacían que nos muriésemos de risa y las citas de este tipo eran una ráfaga de aire fresco. Las Aventuras de Fizzy me ofrecían una fuente ilimitada de inspiración. Aunque la cita saliera horriblemente mal, todavía era capaz de buscarle el lado divertido o, incluso, usarla como idea para un diálogo. Pero en estos momentos tengo seis libros a medio escribir que no han pasado de la parte de chico conoce a chica y luego... nada. Hay un obstáculo en el camino hacia el «te quiero», una señal de SIN ACCESO en mi cerebro. Estoy empezando a comprender por qué. Porque cuando veo cómo Jess se ilumina cada vez que River entra en la habitación, debo admitir que jamás he compartido ese tipo de alegría con nadie. Cada vez me cuesta más escribir sobre amor con autenticidad.

Ni siquiera estoy segura de saber lo que es el amor verdadero.

El teléfono de Jess vibra sobre la mesa.

—Es Juno —dice para referirse a su hija de diez años, mi segunda mejor amiga y uno de los pequeños seres humanos más encantadores que he conocido.

Los niños son todo un misterio para mí, pero Juno, de alguna forma, se traduce en mi mente como un adulto, seguramente porque es más inteligente que yo.

Le hago un gesto a Jess para que coja el teléfono mientras cruzo una mirada con el hombre que está al otro lado del bar. Es guapo de una forma relajada pero obvia: pelo oscuro despeinado sobre unos ojos claros penetrantes y una mandíbula tan afilada que podría cortarme la ropa a la vez que se desliza por mi cuerpo. Con la americana tirada en una silla y la camisa que ciñe sus anchos hombros desabrochada en el cuello, tiene el típico aspecto de un hombre que ha tenido un día horrible y esa mirada famélica que dice que me utilizaría para olvidarlo todo. Los hombres que miran así solían ser mi perdición. La Fizzy del pasado ya estaría en mitad de la sala.

Pero la Fizzy del presente no está interesada en absoluto. ¿Acaso mi barómetro interno de tíos buenos se ha roto? Lo golpeo con un martillo mental mientras me imagino a mí misma bajando al CEO buenorro de su taburete y arrastrándolo por el cuello de la camisa al pasillo.

Nada.

¡Mira esa boca! ¡Tan grande! ¡Tan arrogante!

Todavía nada.

Aparto la mirada y vuelvo a prestarle atención a Jess, que pone fin a su llamada.

—¿Todo bien?

—Intentando coordinar danza y fútbol —me responde, encogiendo los hombros—. Te daría más detalles, pero las dos nos quedaríamos dormidas en la segunda frase. Volvamos a Héctor, el primo de...

—No me acosté con ninguno de ellos —suelto de repente—. De hecho, hace un año que no me acuesto con nadie. Hice las cuentas hace unos días. Me resulta raro decirlo en voz alta.

Y supongo que debe resultar raro oírlo, porque Jess me mira boquiabierta.

—Guau.

—¡Hay mucha gente que no tiene relaciones sexuales en un año! —protesto—. ¿De verdad es tan sorprendente?

—Para ti sí, Fizzy. ¿Estás de broma?

—Estuve viendo porno la otra noche y nada, ningún cosquilleo. —Me miro el regazo—. Creo que he perdido la sensibilidad ahí abajo.

La preocupación de Jess va en aumento.

—Fizz, cariño, yo...

—La semana pasada consideré la posibilidad de salir a correr en chanclas solo para recordar cómo suena el sexo.

—La frente de Jess se arruga, llena de inquietud, así que decido desviar la atención—. La respuesta es obvia. Ha llegado el momento de cortarme el flequillo.

Durante un breve segundo, puedo verla considerando la posibilidad de resistirse a aquel cambio de tema, pero, por suerte, se sube al carro.

—Tenemos un acuerdo estricto en cuanto a que ninguna crisis justifica un flequillo. Lo siento, es un «no» rotundo del comité de mejores amigas.

—¡Pero imagínate lo joven que parecería! Extravagante y dispuesta a todo.

—No.

Gruño y centro la atención en la televisión del bar, en la que ha terminado el partido de baloncesto que estaban emitiendo y han empezado los titulares de las noticias locales. Señalo la pantalla.

—Ahí está tu marido, en la tele.

Le da un sorbo a su copa de vino mientras observa al River bidimensional.

—Nunca va a dejar de parecerme raro.

—¿La parte de marido o la de la tele?

Se echa a reír.

—La de la tele.

Se le ve en la cara: la parte de marido le resulta tan natural como respirar. Y todo gracias a la ciencia, concretamente a un invento del propio River —un análisis de ADN que clasifica a las parejas en *match* de base, plata, oro, platino, titanio y diamante en función de todo tipo de patrones genéticos y pruebas de personalidad complicados— que les dijo que son todo lo compatibles que los seres humanos podemos llegar a ser.

Y estoy encantada de poder llevarme el mérito. Jess no iba a hacerse la prueba que los ha acabado uniendo —la ADNDuo— hasta que le hice llegar una versión preliminar. ¿Dónde están mis puntos de karma legítimamente ganados? River convirtió su década de investigación

científica sobre patrones genéticos y compatibilidad romántica en la aplicación y la empresa de mil millones de dólares GeneticAlly, que ahora es la niña de los ojos de la biotecnología y del sector de las citas por internet. Su empresa lleva copando los titulares desde que se fundó.

Cuando habla del tema, utiliza mucha palabrería científica, pero ha cambiado radicalmente la forma en la que la gente busca el amor. La ADNDuo se lanzó al mercado hace tres años y ya ha superado a Tinder en número de usuarios. Algunos analistas esperan que sus acciones coticen más alto que las de Facebook, ahora que está disponible Paired, la red social asociada. Absolutamente todo el mundo conoce a alguien que ha encontrado pareja a través de GeneticAlly.

Todo eso es impresionante, pero para alguien como River, que preferiría pasarse el día mirando una campana extractora antes que tener que enfrentarse a una reunión de inversores o a las preguntas de la prensa, creo que tanta locura le debe de parecer un horror.

Pero, como bien nos están recordando las noticias de la noche, en breve GeneticAlly dejará de ser el problema de River. Va a vender la empresa.

—¿Cuándo se cierra el acuerdo? —pregunto.

Jess bebe un sorbo de vino sin apartar la mirada de la televisión.

—Está previsto para el lunes por la mañana.

En realidad, no entiendo nada. El consejo de GeneticAlly ha aceptado una oferta, pero luego hay todo tipo de acuerdos subrogados que se están produciendo que yo no comprendo. Lo que sí tengo claro es que como Jess va a

ser asquerosamente rica, le toca a ella pagar las bebidas esta noche.

—¿Y tú cómo te sientes?

Se echa a reír.

—Me siento profundamente poco preparada para lo que va a ser mi vida a partir de ahora.

La observo, intentando descifrar la simplicidad de la frase. Y, entonces, ante la evidencia de los hechos, alargo una mano para agarrar la suya. En la muñeca derecha tiene la otra mitad de mi tatuaje de Fleetwood Mac mal escrito, producto de una borrachera. «Thunner only happens» y «wen it's raining» nos unen para siempre.

—Te quiero —le digo, seria—. Y estoy aquí para ayudarte a gastar toda esa pasta gansa.

—Preferiría un cisne.

—Sueña a lo grande, Peña. Mejor dos cisnes.

Jess esboza una sonrisa, pero luego se desvanece. Me aprieta la mano.

—Sabes que la vieja Fizzy va a volver, ¿verdad? —me pregunta—. Creo que estás pasando una fase y te llevará un tiempo superarlo.

Vuelvo a mirar al rincón del bar, al tipo guapo desaliñado. Reviso mi cuerpo en busca de alguna vibración, de algún pequeño cosquilleo. Nada. Aparto la mirada y exhalo despacio.

—Espero que tengas razón.